



Peer Reviewed

Title:

Presentación de la revista

Journal Issue:

[Textos Híbridos: Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana, 1\(1\)](#)

Author:

[Sefchovich, Sara](#), Universidad Nacional Autónoma de México

Publication Date:

2011

Permalink:

<http://escholarship.org/uc/item/8w4022ph>

Keywords:

Latin American Languages and Societies, Latin American Literature, Spanish Language and Literature, Portuguese Language and Literature

Local Identifier:

ucspanport_textoshibridos_18

Copyright Information:

All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author or original publisher for any necessary permissions. eScholarship is not the copyright owner for deposited works. Learn more at http://www.escholarship.org/help_copyright.html#reuse



PRESENTACIÓN AL PRIMER NÚMERO DE LA REVISTA

Sara Sefchovich

Universidad Nacional Autónoma de México

LA CRÓNICA en México, desde la de Indias hasta la de mediados del siglo XIX, desde la del Modernismo hasta la del siglo veinte, repite y reitera dos mismos temas centrales: desde el punto de vista de lo que recoge (del “eje principal de significado que organiza los elementos del texto”, como dice Yvette Jiménez de Báez), relata a la gente y al paisaje en el que se mueve. Allí están las personas que van por calles y plazas, mercados y centros comerciales, iglesias y cafés, antros y estadios, ceremonias y fiestas, protestas y manifestaciones; la gente que se afana en sus quehaceres y en sus placeres y sufrimientos. Y allí están los paisajes y entornos de ese elemento humano: los pueblos y ciudades y de manera muy principal la capital del país con sus “percepciones y saberes fragmentados”, como escribe Néstor García Canclini.

La diferencia en la crónica a lo largo de la historia, consiste en dos cosas: la primera, en que se la hace de un modo adecuado a su tiempo (entendiendo por adecuado el código del decir y del escribir) y la segunda, en que en cada momento histórico se le ha dado énfasis a retratar a otros de los muchos grupos que componen a la sociedad mexicana.

Encontramos entonces que mientras Prieto y Cuéllar hicieron por mostrar el mundo de “las mayorías astrosas” como las llama Monsiváis, esas que habitan en las colonias y barrios marginales, Gutiérrez Nájera y Novo hablaron del mundo de los ricos. Y cada cual con los lenguajes de ese grupo y con los modos de escribir de su momento.

Los cronistas de fin de siglo veinte juntan a ambos y hacen todo. En sus textos, encontramos a los distintos grupos sociales y a sus diferentes quehaceres y entornos. Por ejemplo, lo que Sigüenza y Góngora llamó los “levantamientos del populacho” que él relató (los que tuvieron lugar en 1692, que empezaron con “la espesa tempestad de piedras que llovía” y terminaron con el incendio del Real Palacio) los cronistas de fin del siglo veinte lo hacen también: desde el movimiento estudiantil de 1968 hasta el plantón postelectoral del año 2006. O lo que Fernando Benítez llamó los “desastres” (la crónica de una inundación que en el siglo XVII que duró tres años y solo cedió cuando sacaron la imagen de la virgen de Guadalupe de su nicho) se reitera en las crónicas sobre los temblores de 1985 que devastaron a la ciudad de México y sobre el ciclón que afectó el sureste del país en el 2006. Las de sucesos políticos que fueron tan socorridas en el siglo XIX, lo siguieron siendo para referirse a cómo quitaron a alguien del poder e incluso al asesinato de algún personaje. Las de

entretenimientos, tan usuales en las primeras décadas del siglo XX para hablar de teatros y cafés, se trasladan al cine y a los diferentes espectáculos, desde el fútbol hasta el *table dance*. Las biográficas como las que hacía Riva Palacio son como las que hizo Monsiváis. Las policiacas que le encantaban a Payno hace siglo y medio son como las que hace Ramón Márquez.

Lo que sí sucede por primera vez en la larga historia de la crónica en México, es que los cronistas de fin del siglo veinte no solo consignan (y acusan o condenan) sino que también explican. Es así como encuentran que el modo de ser de los mexicanos no es producto de complejos o incapacidades sino de una sociedad con enormes desigualdades, resultado de una dinámica en la que “la participación, el desarrollo y la riqueza del polo moderno se funda en el marginalismo, la pobreza y el atraso del arcaico” como apuntó el estudioso Víctor Flores Olea.

Porque saben eso, los cronistas ya no hacen ni se proponen hacer solamente el retrato de los paisajes o de las personas, sino también un acto deliberadamente político: lo que eligen ver, oír, recoger y relatar es lo necesario para darle la razón a los pobres y marginados. Ya no es cosa de educarlos y cambiarlos y volverlos catrines sino por el contrario, se trata de afirmar que ese “pueblo” tiene la verdad y que somos los otros quienes debemos aprender y cambiar. Estos textos tienen una potencia transformadora porque es suya una gran vitalidad y un infinito desdén por el poder establecido, tanto en la realidad del mundo tangible como en la literatura. Ellos permiten “desentrañar la artificialidad de la realidad” y son “una reiterada acusación de lo retórico de nuestro desarrollo, de lo tramposo de nuestro progreso”, como dice un cronista.

De allí que también por primera vez en la larga historia de la crónica en México, los textos de fin del siglo veinte no estén hechos desde la arrogancia de quien se sabe superior o mejor o más capacitado, sino desde el punto de vista de quien está dispuesto a dejarse cambiar por lo que crónica. Y en este sentido, aunque libres de moralina, las crónicas del fin de siglo son profundamente moralistas.

Desde el punto de vista de cómo se elabora la crónica, hay sin duda en la de todos los tiempos una “voluntad de estilo” (como dijo Max Henríquez Ureña del Modernismo) que consiste en trabajar el lenguaje (“acomodar una palabra tras de otra para que digan algo más de lo que dicen”, afirma Juan José Arreola), tal que el modo de relatar se convierta en la esencia misma de lo que se relata. Por eso Monsiváis afirma que en este género “el espectro formal domina sobre la urgencia informativa”.

Resulta entonces que las crónicas son escritos que, como diría Jorge Ruffinelli, “dinamitan la mentira de la representación”, pues si bien aparentan ser la transcripción fiel de la realidad, lo que hacen es crear una narrativa. La crónica no es fotografía, no es grabación, no es documento sociológico, antropológico o histórico, no es tampoco periodismo, ni le interesa serlo. Es literatura. En esto consiste su clave: en el paso de

la representación objetiva entre comillas a la transformación artística de la realidad con una aguda conciencia del proceso creativo.

Se trata de la reconstrucción literaria de sucesos y figuras, con una visión del tiempo y de la vida en movimiento y con el interés particular en lo que un cronista ha llamado “la recreación de atmósferas”. “Los escritores —escribió John Brushwood— quieren tener conciencia nacional sin ser chauvinistas, ser cosmopolitas sin romper con las raíces, ocuparse del significado del ser individual sin perder de vista la organización social”. “Los escritores —escribió Carlos Fuentes— le niegan al orden establecido el léxico que éste quisiera y le oponen el lenguaje de la alarma, la renovación, el desorden y el humor”.

Por eso hablar de crónica y literatura es decir un pleonismo. No se trata de un matrimonio bien avenido, sino de una y la misma cosa.

Ahora bien: ¿a quién le hablan los cronistas? ¿para quién escriben?

La gran pregunta, la pregunta lacerante para la crónica y para toda la literatura en México es: ¿para quién escribe un escritor?

Y la respuesta es una sola: escriben los ilustrados, leen los ilustrados, ambos son un puñado de gente y fuera de ellos, nadie.

Y sin embargo, se supone que el objetivo es que los lea o escuche toda la sociedad mexicana, para que ella conozca, sepa, entienda, se conmueva, se preocupe, actúe y hasta cambie las cosas.

Pero ¿es eso posible en un país en el que muy pocos leen? ¿y es eso factible en un país en el cual aquellos que sí leen no necesariamente se interesan en conocer ciertas situaciones y realidades y mucho menos en cambiarlas? “Somos un testimonio que nadie escucha”, escribió Salvador Elizondo.

Esto ha sido así desde siempre. Cortés que se dirigía de manera tan directa al rey de España no supo si aquél lo leyó. Tampoco lo supo Díaz del Castillo, a quien le hubiera gustado que lo leyeran los españoles para que conocieran otra versión de los hechos de la Conquista. Ni lo supieron los criollos del siglo XVIII que escribieron pensando en que los leyeran los europeos cultos para que así conocieran la maravilla que era la Nueva España y se convencieran de que había aquí una civilización refinada.

¿A quién se dirigían Prieto y Cuéllar? Suponemos que les habría encantado que ese pueblo al que retrataron y relataron los leyera, como hoy les encantaría a Cristina Pacheco o a Elena Poniatowska. Solo que ese pueblo, esos pobres, no leen.

Distinto fue el caso de Salvador Novo que describió la vida social de su época y pretendía que los mismos relatados fueran sus lectores y que sintieran gusto por ver su nombre en letras de molde, que es lo mismo que hace hoy Guadalupe Loaeza.

Pero ¿a quién le escriben Hermann Bellinghausen, Armando Ramírez, Rafael Pérez Gay, José Joaquín Blanco, el mismísimo Carlos Monsiváis?

¿Hacen sus crónicas y se esfuerzan tanto solamente para conseguir poner sobre el papel sus impresiones e ideas? ¿o lo hacen para divertirse y entretenerse y ocuparse ellos? ¿o para la recuperación histórica de algunos momentos, paisajes o personas? ¿o para hablarle a los ilustrados? ¿o para que los conozca el poder? ¿es eso lo que quieren?

De la respuesta a esta pregunta depende la consideración de la crónica nada más como un discurso más en la multiplicidad de discursos que existen o como una práctica cultural que pretende contribuir a la resignificación de los sucesos y mensajes con los cuales entender la vida y la cultura y a la articulación de una memoria colectiva y en ese sentido tiene un objetivo y cumple una función social.



MÉXICO está lleno de cronistas. Algunos conocidos, muchos desconocidos, algunos marginales. Pero los cronistas allí están y sus crónicas también. Las voces más conocidas en el terreno de la crónica escrita, las más firmes y coherentes, las de calidad literaria, las que se han sostenido durante muchos años con disciplina y trabajo y rigor y a las que los lectores reconocemos y seguimos, en las que confiamos son unas cuantas. Estos cronistas son los maestros, son los que continuaron la tradición y los que hicieron rupturas e innovaciones. Todo lo que se ha hecho después de ellos han sido ramas del mismo árbol, continuidad (mejor o peor lograda) temática, ideológica, formal, lingüística y hasta moral.

Entre esos maestros sobresale Carlos Monsiváis, un intelectual en el sentido amplio de la palabra, que hizo suyos todos los temas de la cultura, la política y la sociedad mexicanas, que fue testigo de todos los acontecimientos significativos del último cuarto del siglo veinte, desde luchas sociales hasta espectáculos de masas y que conoció la literatura, el cine y el arte que se crean en nuestro país. Pero sobre todo, que hizo un esfuerzo por entender su lógica y su sentido.

Monsiváis nos enseñó a mirar, a leer, a pensar, nos rompió los esquemas y los límites, nos amplió los registros de la cultura (de las así llamadas alta, popular y de masas) y sobre todo, nos quitó esa solemnidad pesada a que tan afectos hemos sido.

¿Quién como él ha recorrido el camino que va de La Corregidora a Eleanor Rigby, de Don Porfirio a Fidel Velázquez, de Altamirano a Salvador Novo, de Celia Montalván a Paquita la del Barrio, de los léperos de principios de siglo a los pachucos de mediados de la centuria y a los chavos banda de hoy? ¿Quién como él traduce un poema inglés y debate con Octavio Paz, recibe una invitación del presidente de la República, otra de Juan Gabriel y una más de los estudiantes de alguna universidad de un rincón de provincia? ¿Quién como él se aparece después del temblor allí donde se recogen los escombros y en el panteón allí donde unas cuantas personas homenajean

a Pedro Infante y en Bellas Artes para saludar a los más célebres escritores extranjeros y en el radio para denostar a algún político del día? ¿Quién puede interpretar con esa lucidez, definir con esa tajantez, burlarse de todo, interpretarlo todo, entenderlo todo? ¿Qué fue antes, el lugar común o la frase del Monsi?

La crónica Monsivaiana es la más importante y significativa que se escribió en México en el siglo XX. Ella se define por:

- la voluntad de recoger y consignar todo lo que sucede en la sociedad, o como lo puso Ignacio Trejo: “La indagación lúcida y eficaz en torno al acontecer nacional”.
- pero con la idea de hacer de ello un retrato crítico. Esto quiere decir que se opone a las versiones oficiales (o “respetables”) de la historia, la sociedad y la cultura y se funda en la desilusión frente a todas las instituciones y al poder de cualquier signo.
- su interés en la vida cotidiana y los diarios tráfigos de las personas comunes que habitan este país, en sus luchas y esfuerzos por mejorar .
- querer terminar con las injusticias y el abuso de poder hacia millones de seres que a nadie le han importado.
- hacer literatura, lo cual significa:
 - que sanea las viejas fórmulas de perdida vigencia,
 - que se libera de todo fárrago y rigidez estilística,
 - que se deshace de los afanes costumbristas, folklóricos y turísticos
 - que incorpora los aprendizajes formales adquiridos en una diversidad de fuentes y medios,
 - que está abierta a los nuevos lenguajes.

Nada de esto es poca cosa y todo esto es el afán de Monsiváis.



Amber Workman es una dedicada estudiosa de la literatura mexicana, específicamente de la crónica. A ella se le ocurrió que hacía falta una revista dedicada al género, a estudiarlo, a pensar en él, a mostrar sus creaciones.

Tiene razón: no existía una empresa de esta naturaleza y es un vacío que urgía llenar para no meter siempre a la crónica en espacios que no son el suyo y que van desde el periodismo hasta la ficción, desde la historia hasta el testimonio.

Este es el primer número de ese esfuerzo y es un honor para mí presentarlo. Felicito a Amber no solamente por la idea sino porque la ha hecho con calidad, como lo atestiguan los artículos incluídos en este primer número, que era casi de rigor

dedicar a Carlos Monsiváis, dado que falleció sorpresivamente en el 2010, dejándonos huérfanos a sus lectores y a sus amigos.

Se trata de una revista que promete mucho: seriedad académica pero también agilidad en la lectura; inclusión de los grandes maestros del género y de sus conocedores, pero también de nuevos escritores y nuevos estudiosos. Una revista pues, que cubra el ámbito de la crónica de la misma manera en que la crónica cubre el ámbito de la vida.